



FOTO: Archivo Particular

ABELARDO: EL LIDERAZGO QUE NO NECESITA PERMISO

No pidió turno. No pidió avales. No negoció silencios. Entró al debate público por la puerta que incomoda a quienes lo han administrado durante décadas. Abelardo de La Espriella no encaja en el libreto tradicional del poder porque nunca intentó aprenderlo: **conoce las instituciones, pero se niega a aceptar la inercia con la que se han degradado.** Su liderazgo no busca permiso; lo ejerce.

Seis meses de campaña han sido suficientes para romper la inercia del tablero político: durante ese mismo tiempo ha liderado las encuestas y esta semana todos los sondeos lo ubican como el aspirante con mayores proba-

bilidades de llegar a la Casa de Nariño el próximo 7 de agosto. Su condición de outsider no es circunstancial, sino programática. Se define, ante todo, por una crítica persistente a un establecimiento acostumbrado a vetar y fabricar candidatos presidenciales funcionales a sus propios intereses. Ha señalado sin ambigüedades la brecha creciente entre las élites políticas y la ciudadanía, la normalización de privilegios y la erosión de la credibilidad del Estado. Su discurso prescinde de diplomacias innecesarias y de consensos de superficie: se dirige a las fallas estructurales del sistema y asume, sin rodeos, el costo político de nombrarlas.

Abelardo habla con claridad, evita el lenguaje técnico innecesario y toma posiciones reconocibles. **Esa forma directa le permitió conectar con sectores cansados de discursos ambiguos, pero también lo expone a lecturas polarizadas. Para algunos, su tono resulta frontal y necesario; para otros, excesivo.** En cualquier caso, no se le puede atribuir ambigüedad ni cálculo excesivo.

Él entendió hace rato algo que la política tradicional todavía no asimila: hoy el poder no se concentra únicamente en los cargos públicos ni en las estructuras burocráticas. La verdadera incidencia está en la capacidad de marcar la conversación nacional, incomodar al establecimiento y conectar emocionalmente con una ciudadanía agotada de los mismos apellidos, los mismos discursos y las mismas promesas recicladas. Por eso interviene con fuerza en debates jurídicos, medios de comunicación y redes sociales, imponiendo temas y rompiendo consensos políticamente correctos. Nada en su estrategia luce improvisado. Su confrontación permanente no es un accidente:

es el mecanismo mediante el cual ha logrado mantenerse en el centro de la agenda pública y convertirse en una figura imposible de ignorar.

En ese contexto, Abelardo De la Espriella representa mucho más que una candidatura disruptiva. Representa el agotamiento de una clase dirigente que perdió conexión con el país real. Es un outsider informado, visible y deliberadamente incómodo para quienes durante décadas administraron el poder como si Colombia fuera un club privado. Y esa es precisamente la discusión de fondo que Colombia debe dar hoy: si continuará atrapada entre las mismas élites políticas responsables del desgaste institucional o si abrirá espacio a liderazgos capaces de confrontar el statu quo sin complejos. Más aún cuando en la otra orilla emerge un proyecto de izquierda radical encabezado por Iván Cepeda, cuya visión ideológica despierta en amplios sectores del país el temor legítimo de ver a Colombia convertida en otra tragedia latinoamericana marcada por el autoritarismo, el deterioro económico y la destrucción progresiva de las libertades.



INDALECIO DANGOND

 [indadangond](#)

 [indalecio dangond](#)